

LA MUJER EN EL ARTE

No quisiera en ningún caso, que este número fuera interpretado como una guerra de sexos, un canto al tan manido y superado feminismo ó un grito histriónico a la condición de la mujer, por el mero hecho de serlo.

Quiero simplemente constatar una realidad conscientemente olvidada por muchos y despreciada por otros sobre la que siempre he tenido la tentación de escribir y que, gracias a esta oportunidad de la Revista ARBOR, voy a sacar a colación, por ser un fenómeno sociológico, que tanto daño, sufrimiento y dolor ha causado al sexo femenino a lo largo de la historia de este siglo.

Echando una pequeña ojeada sobre pensadores ilustres, me encuentro con las siguientes manifestaciones (¿cómo calificarlas?) «brillantes».

1. «La mujer es un animal vulgar del cual el hombre se ha hecho un ideal demasiado bello». (Flaubert).

2. «El hombre es para la mujer un medio; el fin es siempre el hijo». (Nietzsche).

3. «La mujer es un hermoso defecto de la naturaleza». (Milton).

4. «La mujer hermosa es un peligro. La fea es un peligro y una desgracia». (Santiago Rusiñol).

5. «La mujer es la píldora amarga de la naturaleza y el arte se ha complacido en dorarla para que el hombre la trague más fácilmente». (Ramón y Cajal).

6. «No hay ninguna mujer genial. Las mujeres son un sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, pero lo dicen deliciosamente». (Wilde).

Para qué alargarnos, aburriendo al lector con más «pensamientos ó sentencias» de este calibre? Creo que es más que suficiente para comprender que su lectura ofende denigra, insulta y pone en pie de guerra a la mujer que piensa y que carga su mente de agresividad para oponerse a tanta infamia.

Nuestras abuelas no tuvieron ni siquiera la oportunidad de leer todo lo anterior. Probablemente, tampoco nuestras madres, que aceptaron de buen grado la línea de pensamiento de Tennyson: «...el hombre para el mando, la mujer para la obediencia. Todo lo demás es confusión».

Fuimos nosotras, las mujeres articulista de este Número, las mujeres de la post-guerra, las que hoy se encuentran entre los 45-60 años, quienes decidimos hacer la revolución social y luchamos como pudimos contra este ambiente que no llamaré machista, pero sí, humillante, vejatorio y falso.

Nuestra generación, hablando en líneas generales, fue educada en un colegio de monjas, de reglas estrictas, basadas en la represión, donde una religión fundamentalista, nos amenazaba con las penas del Infierno y del Purgatorio.

Algunas entramos en la Universidad y comprobamos que todo lo aprendido debía ser puesto en cuestión. Nos surgió la duda, pero nos tranquilizó la idea de la igualdad entre chicos y chicas a la hora del reparto de Sobresalientes ó Matrículas de Honor... en definitiva estábamos en minoría pero no por ello se nos trataba peor... ¡Creímos durante aquel tiempo haber alcanzado la libertad!...

Pero faltaba nuestra meta, la que nos habían contado cuando éramos niñas, la llegada del matrimonio y de los hijos... ¡Nuestra gran realización como seres humanos!...

...Y la llevamos a cabo, ¡claro que lo hicimos!. Nosotras somos las responsables del «baby boom». Seguimos, (naturalmente sin saberlo, inconscientes de lo que había detrás), la eminente frase Napoleónica de: «La mujer más insigne es la que mayor número de hijos da a la patria»... ¡Bonita patraña que expresa Papini con otra frasecita inspirada: «La mujer debe ser amante, esposa y madre, nada más»!...

Otro fenómeno bastante generalizado que conviene recordar, es que muchas de nosotras, antes ó después de la Facultad, quisimos trabajar. En la estructura patrimonialista en la que vivíamos, el poder y la independencia del padre radicaba en que él era el que respaldaba económicamente a toda la familia. Es decir, que estaba «mal visto», que una chica de clase media alta se pusiera a trabajar, y nos cerraron también esa posibilidad, como puerta a la esperanza, a la auto-estima ó a la realización personal.

De pronto el nido empezó a vaciarse, las arrugas, «galones ganados en la dura campaña de la vida», empezaron a aparecer y nos dimos cuenta de que la utopía en la que los demás nos habían instalado, se había acabado y sin embargo teníamos ante nosotras muchos años para los que no nos habían preparado... y entonces llegó la catástrofe!

La mayoría se encerró en casa para seguir adelante sin incentivo ni ilusión. Aceptaron el rol de ser no solo magníficas esposas y madres sino colo-

sales abuelas cansadas, porque la edad, la osteoporosis y la artrosis van en contra de «la fuerza de la naturaleza» que son los niños de 2-3-4-5 años...

Las que tenían un nivel económico alto, buscaron en el bridge ó en el golf la salida de su frustración, sin encontrarla...

Otras tuvieron peor suerte, pasaron a engrosar las filas de las mujeres separadas de sus maridos que, sin preparación, tuvieron que ponerse de urgencia a trabajar para sacar adelante a sus hijos («los niños del baby-boom»). Les dieron cariño, educación, supliendo el vacío de la figura paterna, base y fundamento de la familia hasta el momento en que desapareció y dejó de serlo, para convertirse en «el enemigo público número uno» de sus ex mujeres, ó, en el caso de los muy civilizados, en la figura que venía los fines de semana, para llenar de regalos a los hijos y así competir con el desvelo diario de la mujer...

En medio de este panorama caótico unas cuantas mujeres reaccionaron. Se lanzaron a pintar, a escribir, a dar Conferencias, a tocar el piano, el arpa, a componer, a ser mecenas del arte ó de la música, a abrir galerías, ó a subirse a los escenarios... Otras, entraron, como «de puntillas» en el mundo de las empresas, la Administración ó los negocios... No importó la edad, la salud ó el empuje de los demás. La auto-estima fue su bandera, el triunfo su meta, la agresividad su arma invencible.

Sabíamos que teníamos el mundo en contra. Los hombres nos despreciaban como a seres inferiores. Las mujeres nos odiaban por envidia, ya que ellas no habían tenido el valor de ser rompedoras. Estábamos solas en medio de la hostilidad, pero eso no nos impedía seguir adelante.

...Y pasamos miedo. ¿Quién de nosotras podría negar el terror del momento en que nos enfrentamos con «la gente» por primera vez? Quizá la gran actriz, María Jesús Valdés sea la mejor conocedora de esta situación anímica y física. Nuestra mente nos decía en aquel momento: ¿por qué te has metido en este lío?... y, nuestras piernas temblaban, mientras se generaba un extraño vacío en el estómago...

Pero aquella obra de teatro se estrenó con éxito, aquella exposición obtuvo colosales críticas, la sala del concierto se llenó de aplausos, el mecenazgo de la pintura y la música conseguido por la mujer fue reconocido por la sociedad, se entre-abrieron las puertas de las empresas, la administración, ó los negocios y, una llamada anónima nos dijo un día que quería contratarnos en su Revista porque al Director le había gustado nuestra forma de escribir...

La batalla estaba ganada. La guerra no.

Nosotras, pioneras de la lucha hemos enseñado a nuestras hijas desde su primera sonrisa, que deberán vencer sus miedos y su timidez para triunfar.

Hoy el camino de la mujer está trazado. Nuestras hijas triunfarán ó no, según su capacidad, sus estudios, su voluntad ó su auto-estima personal. Ellas no tienen que plantearse como nosotras, esa angustia «por llegar».

La mujer de hoy está en mayoría en la Universidad, se le acepta en las grandes multinacionales, llegando a otorgársele puestos directivos. Es escuchada, valorada y ha llegado a los más altos eslabones del Gobierno de la Nación.

El siglo venidero será sin duda el siglo de la mujer. Quizá entonces haya que quemar en una gran pira purificadora, todos los pensamientos de hombres ilustres que he citado al principio... Pero por encima de todo, quisiera llevar mi reconocimiento a todo ese grupo de mujeres al que me he referido, puesto que sin ellas nada de lo que ahora gozamos hubiese sido posible.

Es hora de que las hijas vean en el surco de las arrugas de sus madres el esfuerzo por abrirles el camino para que sus vidas sean diferentes, que comprendan que hemos convertido la hostilidad en normalidad y que contra viento y marea, con esfuerzo, angustia, agresividad y llanto, les hemos colocado en el puesto de la sociedad que hubiéramos deseado para nosotras, si nuestras circunstancias, momento y posibilidades hubiesen sido de otra manera.

Carmen Rocamora